

«Mario Conde se muestra más como amigo que como socio»

Javier León — **Antropólogo**

Antropólogo por la Universidad de Sevilla, socio de Mario Conde en la Editorial Séneca, ha recorrido el mundo para su tesis sobre las utopías y vive en la sierra rodeado de caballos.

POR **ALFREDO VALENZUELA**

—¿Despacha con frecuencia con Mario Conde?

—Al menos una vez al mes, ya sea en Madrid, en Sevilla, o en cualquier otra parte con tal de echar un buen rato y tratar de poner orden a las cosas divinas y terrenales.

—¿Qué tal es como socio?

—Mario se muestra más como un amigo que como un so-

forma puedan ser digeridas, con la calma que requieren. Será un libro para minorías.

—¿Las utopías han acarreado a la Humanidad más disgustos que alegrías?

—Las utopías son necesarias. Tenemos derecho a soñar en un mundo más justo, donde la cooperación con el bien sea una obligación moral y su puesta en práctica una condición ética. Nunca conseguiremos la justicia total, por lo tanto, las utopías deben existir.

—¿El comunismo ha sido el mayor batacazo de la historia de las utopías?

—El capitalismo también es una utopía fracasada. También el cristianismo o el islamismo. Existen ideas hermosas, otra cosa es el uso que la sinrazón humana haga de las



me a mis viajes por todo el mundo. Siempre he considerado más importante lo que algunos antropólogos llaman el «estar ahí», pasando hambre en Marruecos o frío en Escocia.

—¿Qué prefiere en un político, carisma o eficacia?

—A un político sólo le pido sentido de responsabilidad, de servicio y entrega desinteresada para la búsqueda de la justicia social y el bien común.

—¿Cree que nuestros nietos conocerán la sanidad universal y gratuita y la enseñanza pública gratuita?

—Hay comunidades utópicas que he visitado donde el orden pasa por esa idea de trabajar por el bien común. Eso significa que el concepto de «gratuidad» se desarrolla hasta una dimensión desconocida hasta el momento. Tú puedes coger el coche público de la comunidad y compartirlo con el resto. El agua, la energía, los alimentos... Todo parece gratuito. Pero más allá, lo que hay es un sentido de responsabilidad enorme y de trabajo común. Por lo tanto, espero que nuestros nietos conozcan algún día la importan-

cio, y así las cosas funcionan mejor. Los socios requieren confianza, los amigos la poseen. Los socios piden exigencias, los amigos se exigen a sí mismos para agradar al otro. Pensamos que la editorial sería una excusa para estar más cerca y vernos más a menudo. No vemos Editorial Séneca como un proyecto económico sino como un proyecto humano.

—¿Porque no esperarán hacerse ricos con la editorial?

—Nos interesa ser ricos por dentro y esforzarnos para no ser excesivamente pobres por fuera. En mi caso, como siempre fui pobre, me interesa seguir siéndolo para profundizar en eso que los sufíes llamaban la limpieza de corazón.

—Se conocieron por carta, estando él en la cárcel, ¿qué clase de amistad han fraguado desde entonces?

—Nunca me interesó el personaje público, prefiero al Mario hereje, sencillo, preso en su celda de monje y hablando de cosas profundas, justicia y rebelión. Es una amistad de almas, no de intereses, y eso hace que nuestras diferencias esenciales se confundan en la unidad, o como Mario dice, en el Siendo.

—¿Publicarán las cartas que se cruzaron entonces?

—Son unas cartas muy profundas que requieren ser ordenadas para que de alguna

manera. Lo malo no son las ideas, sino el uso que hagamos de ellas.

—Para su tesis ha visitado los últimos reductos hippies de California ¿Qué ha encontrado?

—California es donde se producen y reproducen las ideas más avanzadas de nuestro tiempo. El espíritu hippie sobrevive en una dimensión más profunda, quizás menos adolescente, y promueve ideales que se ponen en la práctica de forma cada vez más común. Los hippies de los años sesenta ahora viajan en coches eléctricos y tienen placas solares en sus casas.

—¿No ha degenerado mucho el movimiento desde los sesenta?

—Es cierto que algunos han pasado por un proceso de aburguesamiento, pero han sabido reciclar sus ideales y procurar que la esencia de sus vidas se vea reflejada en las pequeñas cosas.

En Cataluña, en Madrid y en muchas otras partes de Europa, se está apostando por un totalitarismo nacional o nacionalista que nada aporta a la idea ilustrada de una humanidad común



—¿Cuál es el lugar más extraño que ha rastreado en busca de utopías?

—Si bien lugares como Mongolia, donde buscábamos la ciudad mitológica de Shamballa, o la India, donde viven en una dimensión opuesta a la nuestra, me han parecido especialmente increíbles, es, probablemente, en La Montaña de los Ángeles, en la sierra de Hornachuelos, donde

más disfruto la idea utópica.

—¿Qué le dijeron en la Universidad de Sevilla cuando les comunicó su idea de viajar en busca de restos utópicos?

—No sonó bien la idea porque se aleja de la norma común académica. También, y con toda la razón, se enfadaron cuando quise empezar la casa por el tejado, dejando de un lado las bases teóricas de la antropología para lanzar-

cia del bien común.

—¿Hay relación entre el dinero y la felicidad?

—No me parece que tenga que ver nada con la felicidad, ya que la felicidad no depende de que tengamos más bienes, sino de seguir nuestro propio camino.

—Nació y se crió en Barcelona, militando allí en la izquierda catalanista ¿Por qué tiró la toalla?

—Estoy a favor de la libertad en todas sus manifestaciones y combato al pensamiento único allá donde se instale. Por desgracia, en Cataluña, en Madrid y en muchas otras partes de Europa, se está apostando por un totalitarismo nacional o nacionalista que nada aporta a la idea ilustrada de una humanidad común, una tierra común, un mundo común.

—Sigue involucrado en política, ¿no teme salir escaldado?

—La responsabilidad civil y la necesidad de la búsqueda de la felicidad colectiva es algo en lo que siempre he creído, y aunque nuestros sistemas políticos, económicos y sociales no sean de lo mejor, es nuestra obligación trabajar en primera línea para poder así transformarlos.

—¿Qué encuentra en los caballos?

—Amar a los animales es un buen síntoma de salud. Acariar el rostro de un caballo es una experiencia grandiosa.